

más constante y más activo, aunque ya mis camaradas estaban desfallecidos.

Marchamos la noche toda, y ya en el término mismo de Castilla, al sol naciente, llegamos á un lugarcillo miserable, y en su ermita con los desdichados dimos.

MARQ. (*Admirado.*)

¿En una ermita?

SARGEN. Y con ellos un sacerdote...

MARQ. ¡Dios mio!

¿Un sacerdote?

SARGEN. Allí estaba.

COMEN. ¿Cómplice?...

SARGEN. Yo sus designios

no sé, señores, ni tiempo le dí para descubrirlos, pues fui más veloz que un rayo, en cuanto á los fugitivos reconocí, en sorprenderlos, atarlos y conducirlos. El mancebo valeroso uso hacer, restado, quiso de un pedreñal, que llevaba junto al estoque, en el cinto. Pero yo con la jineta le dí un golpe con tal tino, que le hice perder el suyo rindiendo á mis piés su brio. La morisca desmayóse, y el cura resistir quiso que los prendiese, y furioso yo no sé cuánto me dijo de matrimonio, de fieles, de profanacion, de ritos; pues sin escucharle nada, asegurados y listos, saqué al campo mis dos presos, y hacía aquí tomé el camino.

CONDE. De su majestad en nombre, por tan completo servicio, os doy la bengala.

COMEN. Es justo.

MARQ. El rey sabrá vuestro brio.

SARGEN. Yo me confundo, señores, y honras tan grandes estimo.

MARQ. (*Suspenso.*) ¿En una ermita?... ¿Con ellos un sacerdote?... Es preciso...

CONDE. (*Interrumpiéndole con severidad.*)

Nada en el momento importa. Fácil será descubrirlo despues. Lo que ahora interesa es que salgan al suplicio.

COMEN. (*Al sargento.*)

¿Y habeis, decid, descubierito, por ventura, en el camino, algo de sus locos planes?

SARGEN. Ni una palabra me han dicho: á mis continuas preguntas con sollozos y gemidos la morisca contestaba; y el mancebo con desvío, guardando tenaz silencio impenetrable y tranquilo.

CONDE. Son esos perros muy duros.

MARQ. ¿El es tambien un morisco?...

SARGEN. No señor, que es caballero español, y muy altivo.

Su porte y sus ademanes dan de alta nobleza indicios.

MARQ. (*Con interés.*) ¿Y la morisca?

SARGEN. Confieso,

y no soy muy compasivo, que lástima algunos ratos me causaba el verla, fijos en el mancebo los ojos; y el rostro, que es un prodigio, de lágrimas inundado.

COMEN. ¿Y fugarse no han querido?

CONDE. ¿No han tentado con ofertas vuestra lealtad?

SARGEN. ¿Pues qué? digo,

¿á esta cara, á estos mostachos, se atrevieran los nacidos, con tales proposiciones?... Se guardaran, vive Cristo.

CONDE. ¿Y les hallasteis papeles?

SARGEN. Lo primero fué el bolsillo registrarles, y por cierto no lo llevaban provisto.

Y aunque lo hubieran llevado de oro y de joyeles ricos... Dios me libre; por mi vida seguro estaba, lo afirmo; que soy montañés, y nunca me apropio lo que no es mio.

Registrélos por si acaso encontraba algun indicio de traicion. Mas solamente en la escarcela del lindo, (*Saca un paquete de cartas atadas con un liston.*)

atados con esta cinta encontré estos papellitos, que me parecen las cartas de algun buen padre á su hijo. Pero como no conserva ninguna su sobrescrito, y están en abreviatura

las firmas, nada he podido yo, que soy lector escaso, sacar, señores, en limpio.

CONDE. A ver... dádmelas.

SARGEN. (*Se acerca á la mesa y entrega el paquete al conde.*)

Son estas; no llevaba más consigo.

CONDE. Id con Dios. Muy satisfecho queda de vuestros servicios el consejo, y el despacho tendreis de capitan vivo.

SARGEN. Y yo, por honra tan grande ante el consejo me humillo.

(*Aparte, yéndose.*)

Si hoy empuño la bengala no habrá quien pueda conmigo. (*Vase.*)

MARQ. (*Con ansiedad.*)

Señor conde, ¿qué os detiene las cartas en recorrer? Importante puede ser lo que en ellas se contiene.

CONDE. (*Pone el paquete cual lo recibió sobre la mesa, y encima de él la mano.*)

Segun ha dicho el sargento no presentan luz alguna. Y si la dan, oportuna no la juzgo en el momento.

COMEN. (*Perplejo.*) Si es caballero español ese reo... descubrir...

CONDE. (*Con entereza.*)

¿Para qué, si ha de morir, aunque fuera el mismo sol? De nada le sirve al juez el nombre del delincuente; ántes gran inconveniente es el saberlo tal vez. (*Pausa.*)

¿Que ese preso ha asesinado á un capitan, de servicio en importante ejercicio, no está, señores, probado?

MARQ. Y COMEN. Sí lo está.

CONDE. ¿Y la general ley, de todos conocida, no condena al homicida á la pena capital?

MARQ. Y COMEN. Es cierto.

CONDE. ¿Y no es evidente

que siendo traidor al rey, ha quebrantado la ley, en que terminantemente se prohíbe el impedir del bando infiel la expulsion, condenando, y con razon, á quien lo intente á morir?

MARQ. Y COMEN. No hay duda.

CONDE. (*Resuelto.*) Pues sólo veo en quien hizo cosas tales, de dos penas capitales un imperdonable reo. Y dada, desde esta silla, una sentencia legal, aunque sea el criminal un infante de Castilla, se ha de cumplir, vive Dios.

*Sale EL SECRETARIO*

SECRET. Ya va á publicarse el bando, y el pueblo hierva anhelando...

CONDE. ¿El suplicio de los dos? dentro de una hora será.

SECRET. No señor. Suenan rumores...

CONDE. (*Con desprecio.*) ¿Qué dicen los habladores? Mas ¿quién crédito les da?...

SECRET. Dicen que un grande de España es el mancebo.

CONDE. (*Con burla.*) ¿No más?

SECRET. Y que su accion es quizás mas bien que delito, hazaña. Dicen que cristiana y fiel es la morisca... Son varios los cuentos extraordinarios que de ella cunden y de él, y reina gran ansiedad.

CONDE. (*Con viveza.*)

Las tropas á todo evento, no haya algun traidor intento, señor marqués, preparad.

MARQ. (*Levantándose.*)

Voy; mas juzgo necesario, puesto que en la poblacion reina alguna agitacion, como dice el secretario, á punto fijo saber la importancia del tal reo, y por esas cartas creo que se podrá conocer.

Pues aunque el sargento rudo nada de ellas descubrió, si bien se examinan, yo que algo se encuentre no dudo.

COMEN. Pues que no se ha de alterar por su contenido en nada la sentencia pronunciada, se pueden examinar, para que las precauciones segun la clase del preso...

MARQ. Solamente para eso busco estas indagaciones.

CONDE. (*Incomodado.*)

Accedo contra mi gusto,

si os anima ese interés;  
pues con esa razon es  
que yo me conforme justo.

(Desata el paquete de cartas, y al ver la primera, se demuda, tiembla, se levanta y manifiesta gran sorpresa y turbacion.)

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Es verdad,  
ó es un sueño que me engaña?...

MARQ. (Aparte.) ¡Qué turbacion tan extraña!  
(Alto.) ¿Por qué, conde, esa ansiedad?...

CONDE. ¡Ay de mí!... ¡suerte cruel!!!

COMEN. ¿Qué descubris, señor conde?  
¿Qué grave secreto esconde  
ese angustioso papel?

MARQ. (Dudoso.) Yo la causa no colijo...

CONDE. (Fuera de sí.)  
Amigos... el criminal  
que va al cadalso fatal...  
es...

MARQ. Y COM. (Con gran ansiedad.)  
¿Quién es?

CONDE. ¡Cielos! Mi hijo.  
(Cae sin sentido en el sillón, y le cercan y socorren atónitos el marqués, el comendador y el secretario.)

### ESCENA III

Decoracion corta, que representa el interior de una reducida prision, y salen MARÍA y D. FERNANDO, vestido de soldado, y ambos con cadena y en gran abatimiento.

MARÍA. ¡Oh Fernando!

D. FER. ¡Ay María!

MARÍA. ¡Esposo mio!... ¡Cielos!

D. FER. Al darme tú ese nombre,  
en guirnaldas se tornan estos hierros.  
¿Qué me importa la vida,  
si en tus brazos la pierdo,  
y juntas nuestras almas  
de este mundo infeliz alzan el vuelo,  
inocentes y puras,  
á recibir á un tiempo,  
en la mansion celeste,  
la santa bendicion del Dios eterno?

MARÍA. ¿Tú morir?... ¡Mi Fernando!  
¿Tú morir?... Me estremezco.  
¿Qué delito es el tuyo?...  
Muera yo sola, pues delito tengo.  
Sí, nací delincuente,  
la sangre que en mi pecho  
por tí late, es delito,  
delito propio que pagar yo debo.  
¿Pero tú?...

D. FER. El adorarte  
es un crimen horrendo  
á los ojos del mundo,

y de tal crimen me pregono reo.

MARÍA. ¡Fernando!

D. FER. ¡Dulce esposa!

MARÍA. (Con gran vehemencia.)

Sálvate, te lo ruego.

No me espanta la muerte,  
no me espantan los bárbaros tormentos,  
si tu vida se salva.

D. FER. Yo sin tí la detesto,  
y es ya morir contigo  
la mayor dicha que afanoso anhelo.

MARÍA. ¡Fernando!... tus palabras  
desgarran ¡ay! mi pecho.  
¿Tú morir?... No, ¡Dios mio!  
Una víctima basta.

D. FER. (Con gran ternura.) Amor y el cielo  
hoy piden dos.

MARÍA. Esposo:  
yo sola morir debo.  
Cumpliéronse mis dias...  
pues alcancé á ser tuya, nada espero.  
¡Pero tú!... ¿No contemplas  
el porvenir inmenso  
que Dios te da propicio?...  
Ingrato podrás tú desconocerlo?  
Tu padre... sí, tu padre...

D. FER. Calla, calla, ¡oh tormento!...  
Allá en Flandes me juzga...  
Sepa quién soy, despues que hubiere  
¿Yo, sin poder salvarte (muerto).  
intentar?... ¡Dios eterno!  
Jamás.

MARÍA. Sí, que resuelta  
á revelarles voy todo el secreto.  
Yo llamaré á tu padre,  
y á sus piés...

D. FER. Vano esfuerzo:  
es un juez inflexible.

MARÍA. Pero es padre tambien.  
D. FER. Tambien soy reo.

MARÍA. ¿De qué crimen?

D. FER. De amarte.

MARÍA. ¿Qué importa, si yo muero?

D. FER. De un homicidio.

MARÍA. Es falso.  
El dar castigo á un forzador perverso  
salvando á una infelice,  
no ha sido en ningun tiempo  
crimen. Y tu inocencia  
publicará mi labio al universo.

D. FER. Y moriré.  
(Se oye ruido, y el cerrojo y llave de la prision.)

MARÍA. (Suspensa.) ¿No escuchas?...

D. FER. ¡Qué horror!...

MARÍA. ¿Llegó el momento?...

D. FER. (Mirando á la puerta sobrecogido de terror.)

¡Mi padre!... ¡Oh desventura!

Huye, déjame solo, te lo ruego.

(Empuja á María con violencia hasta sacarla de la escena, y él queda confuso al lado opuesto de aquel por donde se escuchó el ruido.)

Sale EL CONDE DE SALAZAR, embozado, y se detiene á la entrada, clavando los ojos en D. Fernando, y retirándolos al empezar á hablar.

CONDE. Él es. ¿Podrá mi valor  
tan alto punto alcanzar?  
Mi planta siento temblar.  
¡Oh cielos!... dadme favor.  
Mas si él es... ¿qué espero aquí?  
Si es cierta mi desventura,  
¿qué busco ya, qué procura  
mi afan?... ¡Infeliz de mí!  
(Pausa.)

Si no fuera criminal...  
¡Ay!... Si disculpa aun tuviera..  
Si alguna desdicha fiera  
le arrebató á exceso tal...  
¿Ya pretendo alucinarme  
buscando disculpas vanas?  
¿Quiero mancillar mis canas?  
(Resuelto.)

Sólo huyendo he de salvarme.  
(Va á partir, y se detiene á la primera voz de D. Fernando, pero sin desembozarse ni volver el rostro.)

D. FER. ¡Padre!... ¡Señor!... ¡Padre mio!  
(Corre y se arroja á sus piés y le abraza las rodillas.)

Una vez entrado aquí,  
¿os vais sin hablarme, así  
abandonándome impio?

CONDE. (Inflexible y sin volver el rostro, y con afectado sosiego.)

Tengo un hijo solamente,  
que sigue en Flandes la guerra.  
¿Cómo puede en esta tierra  
preso estar, ser delincuente?

D. FER. Golpes de fortuna son,  
que explicados...

CONDE. (Con reconcentrado furor.)  
¡Explicar,

¡oh traidor! el ayudar  
á la morisca nacion!!!

D. FER. (Abatido.) ¿Yo... caballero... cristiano,  
á tal crimen arrojarme?...

(Despechado.)  
¿Y quién osa apellidarme

traidor?... ¡Cielo soberano!  
¡Padre!

CONDE. (En la misma actitud.)  
El delito es patente.

¿No osasteis vos atacar,  
los rebeldes por salvar...?

D. FER. (Con energía.)  
Quien tal os ha dicho, miente.

CONDE. Y de noche en un camino,  
quebrantando toda ley,  
de un capitan de su rey  
fuera mi hijo el asesino?

D. FER. (Levantándose con dignidad.)  
¡Padre! ¡Padre! Basta ya.  
¡Asesino!... ¿Quién, señor?  
¿De vuestra sangre el valor  
juzgais que tan bajo está?

(Con entereza.)  
Con razon y frente á frente,  
cruzándose los aceros,  
cual cumple entre caballeros,  
le herí, señor, noblemente;  
á una infelice amparando,  
que en un monte violentar  
quiso el feroz militar,  
de su poder abusando.

Al gemido del despecho  
de la víctima acudí,  
y logré salvarla. Sí...  
vos lo mismo hubierais hecho.  
Que amparar á una mujer,  
oprimida y principal,  
de todo ultraje brutal,  
es un sagrado deber.

CONDE. (Se va volviendo lentamente, enternecido al oír los últimos versos, se desemboza, y sin mirar aun á su hijo, dice aparte muy conmovido.)

¡Cielos!... ¡Cielos!... Si es así,  
disculpa tiene su arrojó,  
gran disculpa. (Alto.) Me sonrojo  
de haber dudado de tí.

(Le echa los brazos.)  
¡Hijo mio!... ¡Hijo!  
(Despues de una ligera pausa, recobra su entereza, y lo separa de sí con severidad.)

Mas... no.  
Con la mora te fugaste,  
y el decreto quebrantaste  
que darle amparo prohibió.  
Y salvando de Albenzar  
á la atrevida heredera,  
del rebelde la bandera  
del polvo osastes alzar.

D. FER. (Con vehemencia.)  
¡Padre!... ¡Padre!... Yo salvé

en tan crítico accidente  
á una mujer inocente,  
que nunca rebelde fué.

(Con entusiasmo.)

Cristiana es, pura, leal,  
de Albenzar la hija. Es portento  
de virtud y entendimiento,  
un encanto celestial.

(Cae de rodillas á los piés del padre.)

Y... Padre, padre, perdon.

Es la esposa de tu hijo.

CONDE. (Atónito.) ¿Qué es lo que tu labio dijo?

¿Esposa tuya?... ¡Oh baldon!

(Con gran ansiedad.)

¿Cuándo?... Acaba... ¿cómo pudo?...

D. FER. (Ahogado.) Cuando nos halló el sargento,

se elevaba á sacramento

nuestro indisoluble nudo.

En un lugar de mi estado

nos ha unido á ambos á dos

el sacerdote ante Dios,

con el rito acostumbrado.

CONDE. Tú, ¿de una morisca?... dí?

D. FER. Dios santo es de ello testigo.

CONDE. (Furioso.) ¡Infeliz!!! Yo te maldigo.

D. FER. (Aterrorizado.)

¡Padre!!!... ¡Qué horror!... ¡Ay de mí!

(Cae al suelo.)

CONDE. (En actitud amenazadora y con terrible furor.)

Vuele al cadalso la infiel,

y que del verdugo el brazo

rompa y destroce ese lazo,

dogal para mí cruel.

(Yéndose precipitado.)

Que no se retarde más

el suplicio, ni un instante.

D. FER. (Arrastrándose tras de su padre.)

Como esposo, como amante,

debo también...

CONDE. (Volviendo con rapidez.)

Morirás. (Vase.)

Sale MARÍA, y estrecha en sus brazos á D. Fernando.

MARÍA. Todo lo escuché... ¡Dios mío!

De bronce ó de mármol soy,

pues lo escuché y viva estoy.

¡Oh crueldad!... ¡Oh padre impío!

Fernando... Fernando... Esposo...

D. FER. Mejor dime tu verdugo:

pues darme al destino plugo

tormento tan espantoso.

Yo... Sí, de tu perdición

soy la causa...

(Desesperado.)

¡Horrible suerte!

pues que te arrastro á la muerte  
con mi necia indiscrecion.

De mi padre la violencia,

para romper nuestro lazo,

á apresurar corre el plazo

de la espantosa sentencia.

MARÍA. ¡Fernando!

D. FER. Ya no hay piedad,

cerróse toda esperanza.

MARÍA. Aun tengamos confianza

en la celeste bondad.

D. FER. Me horrorizo, me confundo...

MARÍA. Si te salvo con mi muerte,

como ya espero, mi suerte

es la más feliz del mundo.

D. FER. ¿Yo sin tí la vida?... No:

juntos al cielo volemós,

que allí el amparo tenemos

del que al hombre redimió.

Salen EL ALCAIDE y dos ALABARDEROS.

ALCAL. Si sois cristianos, venid,

que un religioso os espera

en la capilla de afuera:

vuestras almas prevenid.

MARÍA. ¡Fernando!... ¡Esposo!... ¡qué horror!

D. FER. (Con resignacion y dignidad.)

Pura, angelical María,

sea la Virgen nuestra guía,

y muramos con valor.

(Vánse.)

#### ESCENA IV

El teatro representa el gran salon del consejo. Salen EL COMENDADOR y EL SECRETARIO

COMEND. Terrible es la situacion

del conde de Salazar.

¿Es cierto que fué á apurar

su desdicha á la prision?

SECRETARIO. El hijo á reconocer,

pues aun dudaba que él fuera,

entró en la torre.

COMEND. Quisiera

poderle en algo valer.

¡Tal afrenta!... ¡Desdichado!

¿Su hijo, heredero, traidor?...

¿A mancha tal en su honor

qué objeto le habrá llevado?

Parece imposible.

SECRETARIO. Es cierto.

Yo juzgo que alguna cosa

escondida y misteriosa

reina en tanto desconcierto.

Sale EL MARQUÉS DE CARACENA, apresurado.

MARQUÉS. ¿Dónde... dónde el conde está?

SECRETARIO. No ha vuelto de la prision.

MARQUÉS. Muy temible agitacion

cundiendo en el pueblo va,

y es preciso...

SECRETARIO. El conde viene.

COMEND. (Mirando á la entrada.)

De un cadáver insepulto

mejor dijerais el bulto:

de un espectro el aire tiene.

Sale EL CONDE DE SALAZAR, demudado

y descompuesto, y sin reparar en na-

die se arroja despechado en un sillón.

COMEND. (Acercándose con timidez.)

Señor conde... ¿y es verdad?...

CONDE. (Con terrible acento.)

Al cadalso esa mujer.

Pronto, pronto.

MARQUÉS. (Con firmeza.) Puede haber

alguna dificultad.

CONDE. (Furioso.) Ninguna. Al cadalso luégo.

De este peso me liberte,

que hoy me abrumba, con su muerte.

MARQUÉS. (Acercándose.)

Señor, escuchadme os ruego.

La morisca está casada.

CONDE. (Fuera de sí.)

¡Infamia!... ¡afrenta! El sayon

tal lazo de maldicion

romperá.

MARQUÉS. (Con tesón.) Queda salvada

siendo su esposo cristiano:

la ley terminante es.

CONDE. No en este caso, marqués.

MARQ. Y COMEND. Considerad...

CONDE. (Levantándose, y con actitud y tono de dominio.)

Es en vano;

que la sangre de Albenzar

se extermine manda el rey,

y esta es la suprema ley

que cumplida ha de quedar.

VOCES DENT. Detente.

OTRAS DENT. Atrás.

OTRAS DENT. ¿Estás loca?

FELISA. (Dentro.)

Entraré aunque os pese á vos,

que el paso abre siempre Dios

á quien su justicia invoca.

MARQUÉS. (Sobresaltado.)

¿Qué alboroto puede ser?...

COMEND. (Mirando afuera.)

Las guardias atropellando,

hasta aquí mismo va entrando

frenética una mujer.

FELISA. (Dentro, pero más cerca.)

Dios me envía; respetad...

VOCES DENTRO, PERO CERCA. Atrás... Pronto.

FELISA. (Dentro.) Es inocente,

y Dios justo no consiente...

MARQUÉS. (Decidido, acercándose á la entrada.)

Guardias, el paso dejad.

Sale FELISA, muy agitada y descompuesta.

FELISA. (Fuera de sí.)

No es morisca, que es cristiana.

De Albenzar no es hija, no:

del trueque culpa soy yo:

es de sangre castellana.

COMEND. Y SECRET. ¿Qué dice?

MARQUÉS. (Con viveza.) ¿Qué?...

CONDE. ¡Oh confusion!

¿Qué es lo que pasa por mí?

MARQUÉS. (Acercándose á Felisa con mucho interés.)

Habla, mujer.

CONDE. (Agitado.) Habla, dí.

FELISA. Prestad, que os cumple, atencion.

(Con rapidez.)

Ha diez y ocho años

que estando una noche

con mi amado esposo,

que del cielo goce,

sola en mi cabaña,

en aquellos montes,

que en sus hondas quiebras

á Alajuár esconden,

tocó fatigado,

perdido en el bosque,

huyendo la furia

de unos salteadores,

pidiendo socorro,

á mi puerta, un hombre.

Bajó de un caballo,

y en la choza entróse;

y al desembozarse

demonstró en su porte

ser hombre de cuenta,

que esto se conoce.

Ví que un envoltorio

resguardaba, donde

de un recién nacido

noté los clamores.

Pregunto curiosa,

me acerco, y mostróme

un ángel del cielo,

una niña, entónces

de dos ó tres días,

con tales facciones,

con tanto atractivo

de celestes dotes,

que con sus encantos  
el alma robóme.  
Presentéle el pecho,  
y ansiosa tomóle;  
(tres meses habría  
que de mis amores  
el fruto perdiera)  
y la niña hallóse  
tan bien en mis brazos,  
que al momento el hombre,  
si quería encargarme  
de ella, preguntóme.  
*Con el alma,* dije;  
y él repuso entónces:  
*Ya está cristianada,  
María es su nombre,  
y de vuestras dichas  
puede ser el norte.*

*Mas secreto importa,  
que un misterio esconde  
que interesa mucho  
á grandes señores.  
Yo volveré á veros,  
pues que ya sé dónde.  
Y algunas monedas  
dándome, partióse.*

MARQUÉS. *(Muy agitado.)* Acabad.

FELISA.

Yo loca,

no por tales dones,  
sino por la niña,  
á poner fui en orden  
sus ricos pañales,  
que decian á voces  
ser aquella prenda  
de sangre muy noble.

MARQUÉS. *(Con ansiedad.)* ¿Y qué hiciste?... dime.  
¿En dónde está?... ¿dónde?

Infeliz, acaba,  
que el alma me rompes.  
A los pocos dias,  
de parto murióse  
de Albenzar la esposa,  
y proposiciones  
de criar su hija  
me hicieron. Entróme  
deseo, llevada

FELISA. *(que al cabo era pobre)*  
de obligar con ello  
á Albenzar, al hombre  
de mayor riqueza  
en aquellos montes;  
y amo, á quien servian  
tambien de pastores  
mi padre ya viejo,  
y mi esposo aun jóven;  
accedí, encargúeme

de la crianza doble:  
tomé á la morisca,  
y á las pocas noches  
tuve la desgracia  
de que diera un golpe,  
miétras yo dormía,  
cayendo del borde  
de la cama al suelo,  
que la muerte dióle.  
Yo, desatentada,  
confundida entónces,  
de Albenzar temiendo  
los justos furores,  
y no habiendo vuelto  
á ver á aquel hombre,  
que la otra criatura  
me trajera...

MARQUÉS. Acorte  
palabras tu labio,  
excuse razones.

Le diste por hija  
la niña del bosque.

FELISA. Sí, señor. Confieso  
mi delito enorme.  
Le engañé. Y á poco  
con ella llevóme  
á su casa, y nunca  
de mí separóse.

MARQUÉS. *(Aparte.)* ¿Cómo yo encontrarla  
con morisco nombre?

*(Alto á Felisa.)*

Infame... ¿la hiciste  
morisca?... Responde.

FELISA. *(Con fervor.)* La crié cristiana,  
que aunque nació pobre,  
de cristianos viejos  
y de raza noble  
castellana sangre  
por mis venas corre.  
Cristiana, inocente,  
es esa que atroces  
habeis condenado.  
Dios os lo perdone.

*(Profunda sensacion.)*

CONDE. ¡Oh cielos!... Respiro.

MARQUÉS. ¿Y encontraste sobre  
la niña... en sus ropas?...

FELISA. En un lienzo doble,  
este pergamino  
y esta cruz.

*(Saca del pecho un pequeño pergamino  
escrito, y una crucecita de oro, que  
entrega al marqués. Este reconoce  
uno y otro enajenado de gozo.)*

MARQUÉS. Rompióse  
el velo angustioso,

al fin la hallé... ¿y dónde?

¡Ay, hija del alma!

*(Dentro cajas.)*

¡Funesto redoble!

CONDE. Volad, secretario,  
suspended el golpe...

MARQUÉS. *(Con ansiedad.)* Volad, y rompiendo  
sus duras prisiones,  
vengan á mis brazos.

*(Vase el secretario.)*

FELISA. *(Enajenada de gozo.)*

¡Oh Virgen!... Salvóse.

*(Vase á marchar, y la ase de un brazo  
y la detiene el conde.)*

CONDE. Mujer, decid, ¿es seguro  
cuanto aquí habeis revelado?

FELISA. Yo por el Crucificado  
delante de Dios lo juro.

El vicario de Alajuár,  
á quien yo en la confesion  
hice esta declaracion,  
me puede justificar.

*(La suelta el conde y se va.)*

CONDE. *(Deteniendo al marqués.)*

¡Señor marqués!...

MARQUÉS. *(Con viveza.)* Sí; es mi hija,  
y de una ilustre señora...

No es posible entrar ahora  
en esta historia prolija.

Basta decir que casado  
yo con la madre estuviera,  
si la muerte no la hubiera  
á mi amor arrebatado.

COMEND. *(Deteniéndolo tambien.)*

¿La niña, cómo quedó  
en un abandono tal?

MARQUÉS. Porque mi estrella fatal  
en ahogarme se empeñó.

Mataron los salteadores  
al volver á mi criado,  
y me quedé condenado  
á mil dudas y temores.

Despues mil pesquisas hice  
en vano... ¿Cómo acertar  
que era la hija de Albenzar  
la que buscaba?... ¡Infelice!

COMEND. Ya vienen.

MARQUÉS. *(Enajenado.)* ¡Dulces pedazos  
del alma! *(Observando.)*

¡Ay!... ¡su madre es!

*Salen DON FERNANDO con CORBACHO,  
MARÍA con FELISA, y demás GUAR-  
DIAS y PUEBLO DE VALENCIA.*

D. FERNAN. *(Arrojándose á los piés del conde.)*  
Padre mio: á vuestros piés...

CONDE. *(Con gran ternura.)*

Toma, hijo mio, los brazos.

*(Se abrazan.)*

MARÍA. *(Arrojándose en brazos del marqués.)*

¡Señor!... ¿Vos?...

MARQUÉS. *(Fuera de st.)* ¡Oh prenda mia!  
*(Pausa.)*

¡Oh conde!...

CONDE. ¡Oh marqués! ¡oh amigo!

Yo su santa union bendigo.

*(El conde empuja de un lado á don  
Fernando, y el marqués de otro á  
María para que se abracen.)*

MARQUÉS. *(Al conde.)* Será la heredera mia.

COMEND. *(Enternecido.)* ¡Cielos!

FELISA. *(A Corbacho.)* Milagro es patente.

CORBACHO. Lo es sin duda.

COMEND. A la inocencia

siempre ampara la clemencia  
del Dios santo omnipotente.

Sevilla, 1841.

FIN DE LA COMEDIA